

**Donoso, Isaac y Andrea Gallo, eds. *Literatura hispanofilipina actual*. Madrid: Verbum, 2011. Impreso. 177 pp.**

---

PAULA C. PARK  
OHIO UNIVERSITY

En cierto modo, todas las antologías de escritores actuales corren el riesgo de perder relevancia en el momento de ser publicadas. Es prácticamente inevitable que surjan reclamos de exclusión o que de pronto se descubran nuevos autores que cabrían perfectamente en el conjunto que se pretendía cartografiar en un principio. Consecuentemente, estas antologías se transforman en ficciones incompletas e irónicamente desactualizadas. Sin embargo, *Literatura hispanofilipina actual*, editado por Isaac Donoso y Andrea Gallo, presenta a una constelación de escritores actuales que prometen permanecer en el interés de varios lectores por muchos años más. ¿Es que existen escritores filipinos que siguen escribiendo en español? La respuesta rápida a esta pregunta compleja es afirmativa. Sí, existen y se sigue produciendo una literatura hispanofilipina, pero no sólo en Filipinas, sino también en otros países. Los escritores dados a conocer en este volumen residen en ciudades tan distantes como Manila, Vancouver y Santiago de Chile.

*Literatura hispanofilipina actual* consiste en un estudio crítico extenso, el cual sintetiza la historia de la función del español en Filipinas desde 1565 hasta el presente, seguido por una selección de poesía, narrativa, teatro y ensayística de las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI. Dos etapas literarias importantes son el Barroco filipino, que surgió en el siglo XVI, y la literatura nacionalista de fines del siglo XIX, dentro del cual son imprescindibles las obras del héroe nacional, José Rizal, tanto como el himno nacional y la primera constitución, compuestos en 1898 y 1899, en español. No cabe duda que la lengua castellana cumple con un rol fundacional en Filipinas. Sin embargo, Donoso y Gallo explican que la literatura hispanofilipina tiende a ser ignorada al ser relegada o estigmatizada como “literatura colonial de Filipinas” (14). Más adelante, con la llegada de los americanos a comienzos del siglo XX se presenta un nuevo desafío: la disminución de la población filipina hispanohablante, hecho que se agudiza tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Es decir, lo que ha impedido la apreciación de la literatura hispanofilipina, dentro de Filipinas, es que

el español es comprendido por una minoría. Según los editores, “no se trata de que la literatura filipina en español haya muerto, sino que ha desaparecido su influencia en el marco del panorama nacional” (19).

Otro punto de interés mencionado en el estudio crítico de Gallo y Donoso es que la composición archipelágica de Filipinas refleja cómo la literatura hispanofilipina se ha convertido en una literatura marginal—literalmente, una literatura “aislada.” A diferencia de las ex-colonias hermanas, Cuba y Puerto Rico, Filipinas es un país multilingüe compuesto por “una gran diversificación, parcelas, islas literarias independientes, ignorantes unas de otras, las cuales testifican no la falta de voluntad hacia un proyecto nacional, sino lo más turbador, la falta de herramientas para poderlo alcanzar” (12). El término “literatura filipina” abarca un espectro muy amplio que incluye textos en tagalo, inglés, español, cebuano y otras lenguas vernáculas filipinas. No obstante, Donoso y Gallo ven una salida viable a este obstáculo: la metodología comparatista. Sugieren que la cohesión cultural de Filipinas “debe atender igualmente al estudio comparado de sus diferentes tradiciones escriturarias como un único cuerpo común, en diferentes lenguas, pero de una coyuntura semejante” (20). Se podría añadir que si académicos en los campos de Letras Hispánicas o Literatura Comparada han producido diversos estudios transatlánticos sin cesar, ha llegado la hora de extender ese mismo entusiasmo a producciones hispánicas transpacíficas.

Según los editores, el criterio utilizado por ellos es señalar “la mera existencia de los textos, prescindiendo de valoraciones o caracterizaciones especiales. Este criterio se hace necesario a fin de responder a la pregunta inicial de si es posible o no hablar de una literatura hispanofilipina actual” (34). Pero aquella pregunta inicial queda resuelta de inmediato, y en su estudio ofrecen observaciones estéticas muy valiosas. En especial, la sección titulada “Continuidad histórica” ofrece datos biográficos junto a un análisis detallado de las obras de tres escritores activos mayormente en el siglo XX: Guillermo Gómez Rivera, Edmundo Farolán e Hilario Zíalcita Legarda.

Guillermo Gómez Rivera es una especie de Quijote moderno. Por muchos años ha estado involucrado en una gran variedad de actividades que le permiten ser llamado poeta, periodista, cuentista, ensayista, dramaturgo, tanto como notable instructor de baile español. Llama además la atención su labor como etnógrafo. En la década de los setenta se dedicó a recopilar varias canciones en español y chabacano. Edmundo Farolán, radicado en Canadá, es autor de una obra literaria prolífica en español, inglés y francés. Se destaca también por su

esfuerzo en difundir la cultura hispanofilipina globalmente, por medio de *Revista Filipina*, una publicación en internet que Farolán fundó hace más de quince años, en 1997, y que desde el 2013 es co-dirigida por Donoso. Por último, Hilario Ziálcita Legarda es calificado como un escritor neoclásico. Su producción poética está compuesta mayormente por sonetos y cuartetos. En suma, siendo muy diferentes, estos tres autores pertenecen a una época que podríamos llamar transicional; funcionan como puentes hacia los escritores de las últimas décadas del siglo XX y la actualidad, quienes son presentados brevemente en una sección aparte.

La parte concretamente antológica del libro consiste en una selección de obras de Gómez Rivera, Farolán, Ziálcita Legarda, y de escritores más jóvenes como Edwin Agustín Lozada, Paulina Constanca, Daisy López, Marra Lanot, Noel Guivani Ramiscal, Teresa Andueza Salazar y Macario Ofilada Mina. En la sección de poesía, varios de los autores expresan un apego nostálgico hacia la lengua y la cultura castellana. Por ejemplo, en un poema titulado “Por soldado de tu verbo,” Gómez Rivera exclama: “Por ser soldado de todo / Lo tuyo: de tus palabras, / De tus letras y tus glorias, / ¡Ve, oh Lengua Castellana, / Cuánto bregar y sufrir / Comprende la gran batalla / Que se libra por tus fueros / En esta tierra malaya!” (115). Más adelante, otro poema de Teresa Andueza Salazar, escrito en 1987 (fecha significativa ya que en ese año el español dejó de ser lengua oficial de Filipinas), hace un llamado parecido al de Gómez Rivera, pero con un tono más urgente: “Salve, oh lengua egregia / De armonía y rima / Con que el vate elogia / Y a su patria pregonona [...] ¡Que perdures tan glorioso / En aulas y en hogares / Pregonando muy dichosa / los nexos de ‘Hispanidad!’” (142). Impera un sentimiento de angustia y pérdida. Pero eso no es todo. La amplia selección de poemas demuestra otras sensibilidades y preocupaciones que van más allá de la recuperación de lo hispánico. Por ejemplo, el poema “Metro,” de Farolán, está inspirado en los metros de varias ciudades cosmopolitas. Comienza así:

Metro en Montreal, recuerdos de otros metros:  
Madrid, Barcelona, Lisboa, París, Toronto, Nueva York,  
San Francisco, tantos lugares, tantos metros....

Este metro que se mueve despacio  
Y de prisa y despacio otra vez,  
Señales de la vida y la muerte;  
Un desamparo, una soledad, tantas soledades,  
Tantos olvidos a los que les falta profunda preparación. (121)

Por medio del metro, Farolán llega a comprender el sentimiento de asombro y soledad en la modernidad. El metro es cifra de la vida urbana.

En la ensayística se presentan extractos de *Historia de Filipinas* (1984) de Antonio M. Molina, un discurso pronunciado por Macario Ofilada Mina con motivo de su ingreso a la Academia Filipina en el 2005, y *Mis memorias de la guerra de Filipinas* (2006) de María Dolores Tapia del Río. También encontramos pasajes de *Sampaguitas en la cordillera. Reencuentros en Chile* (2006), un fascinante libro “etno-autobiográfico” de Elizabeth Medina, traductora y escritora que actualmente reside en Santiago de Chile. Ésta última afirma: “la historia filipina ha sido mirada, incluso por los filipinos, a través del prisma de ojos ajenos, alienados y alienantes. Son más los extranjeros que han escrito sobre quiénes somos y nuestro pasado, que nosotros mismos” (170). Respondiendo a esta observación de Medina, el esfuerzo de Donoso y Gallo, sobre todo, es que diversas voces desde Filipinas y de la diáspora filipina hablen por sí mismas—sin arreglos, sin intervenciones.

Como el objetivo es presentar una visión panorámica de una realidad compleja, a veces los extractos resultan abruptamente cortos. Dejan al lector con ganas de seguir leyendo. Es así que *Literatura hispanofilipina actual* funciona también como una invitación a buscar libros publicados (aunque difíciles de encontrar), textos inéditos, o páginas electrónicas que hacen del internet una herramienta valiosa y necesaria para la supervivencia de estos escritores ignorados. Por último, cabe mencionar que Donoso y Gallo fueron galardonados con el primer Premio Juan Andrés de ensayo e investigación en ciencias humanas. Sin duda, este volumen merece permanecer actual, merece ser leído por filipinos, españoles e hispanoamericanos, tanto como por cualquier estudioso o lector del castellano, de Oriente a Occidente.